



Una de las casillas para guardavías entre Zamora y Puebla.

PUEBLA DE SANABRIA

(Crónica en ruta del enviado especial de la Dirección General de Prensa).

A las diez menos diez de la mañana, Franco entra en la Estación de Puebla de Sanabria. Se levanta hasta el cielo la exclamación de las gentes. A las diez en punto de la mañana de hoy, 24 de Septiembre de 1952, el primer tramo del ferrocarril Zamora-La Coruña se ha inaugurado para siempre. ¿Dónde he visto yo un espectáculo parecido al de este momento, cuando todos los pueblos de muchas lenguas a la redonda deshacen su expectación, rompen los grupos en que están reunidos y se desparan sobre la estación fundándola en sonoras oleadas? ¿Lo habré visto en el cine, en alguna de esas películas espectaculares que nos envían desde Hollywood? ¿Dónde lo he visto yo, Señor? ¿Acaso en algún sueño, después de leída la Iliada?

Hombres, mujeres, niños, banderas, flores y lágrimas, todo ha caído alrededor del tren especial en que termina de subir el Caudillo. Sonríe y sonríe su esposa y sonríe su hija, que también le acompañan, y he comprendido que sus corazones agradecen esta impresionante manifestación de cariño y simpatía.

Salimos a las diez en punto. ¡Qué bonito está el campo y el cielo y la verdura de las cumbres! El lago de Sanabria, el lago de San Martín de Castañeda, que pronto se transformará en uno de los más deliciosos lugares de veraneo de España, exhibe sonrosadas, saltando bajo el sol, sus mejores truchas. Ya pueden estar contentos los lugares sanabreses, fecundados en papayas, en frutas de azúcar y bien nutridos rebaños. Ya puede reír sus campanas el valle de Aliste, con sus enotmes extensiones de tierra sin cultivar, porque no han encontrado el medio de dar salida a sus productos; valle de Aliste con capas de mantillo sobrepasando el metro de espesor en muchas partes. Ya puede engalanarse Manzanal del Barco, con sus yacimientos de wolfram y Ferretuela y San Pedro de las Herreñas y Pobladura, todos con minerales de hierro. Ya pueden ofrecer misas en Losacio, donde existen, parece ser que en cantidad, cañerita y buen estaño. Ya puede la provincia de Zamora agradecer al cielo y agradecer a Franco la inauguración del primer tramo del ferrocarril Zamora-La Coruña, que tantas alegrías y riquezas va a proporcionarle.

El tren camina velozmente, a muchos kilómetros por hora. Nos vamos deteniendo en cada estación. Recuerdo mi estancia en Puebla de Sanabria. La noche estaba llena de gaitas, de canciones antiguas. Gentes de Galende, morenas, altivas, aturdiendo la sierra, camino del Albergue; mozos robustos, casi de una agresiva corpulencia, de lobeznos, nombre de cumbres; muchachas de Asturianos, del Puente, muchachas gozosas, exuberantes, con sus trajes típicos, dando los panderos y las risas.

—¡Viva Sanabria! ¡Viva Sanabria! —repetían los ecos, multiplicándose por todos los caminos, por todas las trochas, como si hubieran colocado no sabe uno quién —Dios acaso misteriosos altavoces en cada mata de los montes.

Nadie sabíamos por qué, pero en el cielo una mano imponente cambiaba las agujas de la astronomía. Y lo mismo pudo salir el sol por Occidente. Era un amanecer con truco.

—Hija, ranaza —apremiaban las madres— que te vistas enseguida, que todas andan ya por la calle.

—Pero si todavía brillan las cabrillas, madre, si todavía no aparece el color del día por ninguna parte.

—¿No lo ves, hija?

—¿Por dónde, madre?

Aquella gente no lo sabía. Por dónde, se habían trastornado, descompuesto, las constelaciones. Ellas adivinaban un amanecer fantasmal y sorprendente, un día nuevo en el destino de sus casas, de sus ganados, de sus cosechas. Y mezclaban las ideas. Y confundían el sol con la inauguración del ferrocarril.

Allá, sobre los picos de Segundera, encendieron los pueblos lumbres fenomenales. Toda la

noche brillaron iluminando los valles y los ríos.

A punto de amanecer, una multitud emocionada llenaba Puebla de Sanabria.

Puebla y sus praderas y sus huertas y sus riscos.

—¡Eceeh! —se llamaban los mozos unos a otros desde los picachos.

Y los pueblos reunidos, los chicos de las Escuelas con banderitas y manojos de flores, las mujeres de la comarca, ataviadas con sus ricos mantos ribeteados de oro, centenares de voces, parecía que todas las voces del mundo contestaban:

—¡Eceeh! —abrumando hasta la misma grandiosidad de las cumbres.

Hermosa mañana de Puebla, una de las grandes mañanas de España.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —gritan los zamoranos señalando el coche del Caudillo.

—¡Miralo, hijo! —se emocionan los viejos mostrándose a los nietos.

Y saltan y ríen y lloran y cantan. Son los hombres del romancero, descendientes directos de aquellos que alababan los sabrosos romances: «Omes buenos hay en ella...», refiriéndose a Zamora.

Y es verdad. Hombres buenos, sanos de cuerpo y de conciencia.

Carbajales de Alba. Un espectáculo maravilloso nos sorprende. Sobre el pavimento de la estación un grupo de mujeres, ataviadas con los valiosísimos trajes de la comarca, danzan ante el tren que se detiene. Lo más hondo, lo más preciado de las tierras de Alba, está mostrando su júbilo delante del Caudillo. ¡Hermosa tierra de Alba!

—Adios, adios —nos saludan labriegos y montaraces, mientras pasamos.

—¡Adios, adios!

Estamos entrando en Zamora. No tengo tiempo material para describir el recibimiento. Para el tren. Un automóvil negro con su rótulo grande sobre el parabrisas que dice «Prensa» nos espera. Vamos hacia los Saltos del Castro, a 40 kilómetros, que también serán inaugurados hoy. Vivas, exclamaciones... Zamora entera en la Estación, saluda la llegada. El Caudillo pasa...

GOMEZ FIGUEROA